

Piazzola es buenosaires, malosaires, todosloaires (Sobre un bandoneón grado cero)

Memo Ángel



24

Un inicio bonaerense

Piantarse es enloquecerse, zafarse, soltar el hilo, caminar por donde no es y hasta ponerse un aviso en la cabeza para mostrar lo que está sintiendo el corazón mientras una chocolatina se derrite en los bolsillos. Estas cosas pasan y, como dice un amigo, que las vive y después las anota y les pone dibujitos en las márgenes, el cometido de las ciudades es enloquecer a la gente y ponerla en situación de distintas direcciones: unos para enamorarse y a otros para irse desvaneciendo, algunos para no ser ellos siendo más ellos (el asunto es de resiliencia), y los más siguiendo normas hasta que se jubilan o son inducidos a la catarsis y, al fin, como los viejos carteles, ser arrancados de la pared

y no anunciar más el espectáculo. Y en estas ciudades productoras de despistados, con sus colectivos y taxis, hombres y mujeres apostándole al delirio, fulanos que vuelan o que se convierten en motores, hay un aire que define las calles, las caras, las escaleras, las ventanas y los interiores de las tuberías, librerías y restaurantes de paso. Y ese aire pianta. Dicho, o pintado y respirado de otra manera, abre los ojos para mirar (sin detallar) y ver (detallando) de otra manera. Claro que en la mirada y en lo visto, las ciudades cambian, mutan, y así nunca son eternas porque se acaban y comienzan según la muchedumbre que las habita. A veces, como me pasa con Buenos aires, supongo que esas ciudades son una invención, un imaginario, una frase que cambia de sujeto,



verbo y predicado (de lo que existe, acciona y genera un contexto). Creo que Borges decía algo parecido: hablaba de una imaginación o algo así, diciendo que él había nacido en otra Buenos Aires, pero seguía en el mismo sitio, cambiando de tiempos y de maneras de caminar. Quizá pensaba en un hámster que entiende por qué está atrapado y ya no se confunde, sino que goza de su encierro desde el amanecer hasta la noche, cuando se duerme y entra en otra dimensión que puede recordar cuando se levanta, o ya está borrada y así (sin datos), el mundo vuelve y se crea. Los judíos agradecen esto en su libro de oraciones.

Buenos Aires se puede citar (los autores abundan), pero es mejor situarla y estar en situación frente a ella, siendo la situación un caminar, un tomar por la calle Ayacucho y encontrar una librería de viejo (El Gliptodón); un tener un amigo que se hace pasar por el secretario de algún ministro y así entra en un club elegante diciendo que el tal ministro lo ha citado de urgencia, que ya viene, que él debe estar atento a la mesa, los cubiertos y el aire

que corre por el interior. Es una cuestión de aplicar los kilos, lunfardo que el portero entiende. Pasa igual con un hincha del Boca que vive en Núñez, el barrio de River, y cuando los azul-amarillos meten un gol, él sale al balcón y lo grita en solitario, enloquecido y embarreado, como un pájaro que vuela y baja a picar las cabezas de los transeúntes. Un hereje, pueden decir los vecinos, que lo miran con ojos peronistas. También, en situación aparecen dos judíos, uno que habla con D's y otro que se encoge de hombros, pues, según él, el Señor del Universo le pone trampas. Dos talmúdicos bonaerenses, habitantes del Once y con tradiciones y experticias en telas, caminando por la acera y evadiendo cacas de perro, y anotando, pero sin mala intención, que los coreanos comen perro y que el mal ejemplo lo tomaron de los chinos, lo que les da risa porque nunca han visto en el menú de un restaurante asiático algo así como perro a la cantonesa.

Y todo este desenfreno que se ajusta y desajusta, me pone en la pista de Astor Pizzolla, del que los tangueros melancólicos de Medellín



dicen que no produce tango, que lo de él es otra música, algo que, en lugar de excitar y poner a llorar, duerme. Esos tangueros anclados en la nostalgia y en las películas de Gardel, se quedaron frenados en *Malena*, esa canción que hacía suspirar a Perón. Nada de Piazzolla, entonces: a ellos les llega como una milonga bailada en cámara lenta y ardiente.

Con olor a Piazzolla

Todas las ciudades huelen, y más las que tienen estaciones. Y ese olor no es solo el de la primavera ni el de la caída de las hojas en otoño, sino el de la ciudad que se mueve, que tiene cuerpo y suda y come, salta y se baña; huelen los obreros en los talleres y las obras, las novias que entran oliendo a azahar a las iglesias (a canela y esencias las que llegan a las sinagogas y mezquitas), los que están en las esquina y no saben si cruzar la calle o quedarse en estado de semáforo; huele el hombre que toca un bandoneón y recorre el

tiempo, la mujer que hace el mercado y necesita contarles algo a sus amigas. El olor de la ciudad es parte de la historia que se sabe y se niega, de los que habitan la mufa (la mala suerte) y de los chorros que ingresan en política. Y en este mar de olores, subidos en verano y con toses en invierno, hay un olor a Astor Piazzolla, a la música de Piazzolla, al *Adán Buenosayres* de Leopoldo Marechal y a la muchacha perdida (*Ana palíndroma*) del *Para comerte mejor*, de Eduardo Gudiño Kieffer. Literatura y música olientes, podría ser una definición de ciudad.

A qué huele el pasado que da la identidad, a qué huele lo surreal, a qué huele el reinicio de la ciudad, a qué huele el tango convertido en libertad: huele a Piazzolla, al bandoneón que de alguna manera le heredó Rodolfo Mederos, a las infinitas historias salidas de las teclas y los bemoles de un piano, a las notas largas del violín hasídico, al aire que recorre parques, callejuelas, conventillos y casas de señores. La música de Piazzolla (su tango

convertido en música clásica) me hace pensar en la Buenos Aires de Manuel Mujica Láinez, misteriosa y multiplicándose en el barrio San Isidro, en los cafés cerca al teatro Colón y en las tumbas del cementerio de la Recoleta que alegan ser más decentes que las de la Chacarita, donde Gardel fuma cigarrillos de filtro dorado. Y si bien pensar es hacerse preguntas y ver imágenes es ya meterse en los recuerdos (por eso nadie piensa trayendo hacia sí lo que ya conoce), a Piazzolla se lo piensa y se lo recuerda con referentes, sean estos monumentos o empanadas, subirse a los colectivos o simplemente tomar un cuaderno para escribir lo que se oye de esa música fluyente, tiempo en marcha y sonora en silencios.

Se me ocurre imaginar a Ernesto Sábato, con sus enormes gafas, y sus pinturas al final, viajando en la música de Astor Piazzolla. Y por esas luces y tinieblas, por las humedades varias (una dolorosas y otras complacientes), por los recovecos y la ciudad que fluye las veinticuatro horas, encontrando las historias insinuadas que todavía no se dan. O que se producen en multiplicidad de versiones, como en los textos de *Uno y el Universo*. Y por esa música de Piazzolla, con sus arrebatos de bandoneón, yendo. En la vida vamos, no hay otra alternativa. Y en ese ir, con semáforos en rojo y en verde, con paso libre y prohibido estacionar, Piazzolla es una buena dirección. Sin guapos que se entreveren para buscar la puñalada ni mujeres salidas del cabaret (convertidas en cansancio), la dimensión de la música de Piazzolla es otra, la que ronda el tango, la que mira la milonga desde otro escenario, la que incluye trozos de *canyengue* y hasta el inicio de murgas negras, como las que seguramente se bailaron en el Abasto. *Buenos Aires, malos aires*, pintó alguien en un muro, quizá uno de esos hinchas que narra Osvaldo Soriano o alguno salido de *La crencha engrasada*, de Carlos de la Púa. Todo va y viene, y el bandoneón de Piazzolla lo ronda, seguido de un violín llegado de Europa oriental.

Con figura de Piazzolla

Las matemáticas miden, pesan y dan figura (somos geométricos en anchos, altos, ángulos y diagonales). Y Astor Piazzolla, que era flaco (menudo, dirían las señoras) y de cabeza redonda y poco pelo (el pelo para pensar, recordar o imaginar no sirve) como se ve en las fotos, no fue figura para carteles. La figura que creó fue la de las posibilidades de oír a Buenos Aires, de imaginarla yendo por la Costanera o por Cabildo, por los lados de la Amia camino al Once y a la Avenida Rivadavia; oírla cerca a la plaza San Martín y a la torre de los ingleses, tomando el tren en Retiro o bajándose del subte en la estación Facultad de Medicina. Oírla siguiendo las manecillas del reloj, bebiendo un café, sintiéndola ampliarse y estrecharse, convertirse en quiosco o en una mujer elegante que se da un último beso con alguien que fue su vida.

La figura de Buenos Aires, la de los orígenes, la del poema, la del piante y el piantao, la de las voces cristalinas y casi acabadas como la del polaco Goyeneche, la de los pájaros (las cotorritas), la del puerto y los que vienen y van, las de los inmigrantes y los desafueros, se crea en la música de Astor Piazzolla dando sentido al poemario de ese Borges (buscador de sentidos y reconstructor de fantasías y de islas que flotan en palabras), una extensión. La extensión de lo que se ama y confronta, la que ingresa en el anarquismo (como bien entendió la argentinidad David Viñas), la que nos acaricia, y al final se canta como un rezo, como a una Sulamita.

La figura de Piazzolla tiene barcos, calles, panaderos de la mañana, gente que habita el piante, cada uno con su trenza de ilusiones y el cigarrillo que juega en la comisura de los labios, o en su defecto la palabra que no alcanzó a salir. Tiene los calendarios detenidos, las caras de las mujeres de la Plaza de Mayo, la rebelión del *Libertango* que se baila como bailando el *Huracán*.



Piazzolla en los aires

Buenosaires, malosaires, todoslosaires, configuran ciudad y ciudadanía, amparo y desamparo. Y la ciudad *piazzolliana* o *piazzóllica*, que se construye en la música, el bandoneón, el piano y el violín, en el contrabajo y la voz como instrumento, aparece como abrazo. Una ciudad hecha de notas, de principios y finales, luces y oscuridades, callejones para ejercer el amor y la huida; la ciudad que se pinta y borra, está ahí, es sombra y aviso de neón. La ciudad certificada como elemento que muta y fluye, que está en su aire, que abraza y rechaza, que besa. La Buenos Aires de Piazzolla besa, su música es un beso largo, de dos que se han necesitado tanto. Es el aire de lo que no termina, la ciudad inconclusa, los nuevos que llegan para ver partir a los primeros, la ventana que se abre y muestra una interioridad que contiene a su vez otras ventanas. Un aire brisa, un aire tormenta, un aire que respiramos para ir por ahí sin soltar esa maleta que nos contiene, nos de-

tiene y nos empuja. Y en medio de esta ciudad maleta (o valija, a veces), está Piazzolla, al que en un documento fílmico se lo ve actuar de niño bonito, cuando el tango apenas si entraba en sus orejas, en una película de Gardel. Todo en él fue ciudad desde el principio: una ciudad de voces solo entendibles en la música.

Escrito en Medellín un febrero del año o años de la peste, sintiendo lo tanto que falta ese beso de la música de Piazzolla.

Memo Ángel es Doctor en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana, docente universitario y escritor. Algunos de sus libros son: *El tren de los dormidos*, *Mesa de judíos*, *La luna verde de Atocha*, *Historias del barrio Prado*, *De dictadores, ángeles peatones y pecados renovados*, *Mindele 1955*, *El amante de Lily Marlén* y *La mujer de Ameghino*. *Un inventario enloquecido de Buenos Aires*.